

Lenguaje y pensamiento Noam Chomsky*

Esther Torrego

La explosión de trabajos que sobre «ciencia cognitiva» viene teniendo lugar en las últimas décadas, y los supuestos en los que se basa, son objeto de un minucioso escrutinio por parte de Noam Chomsky en este libro. El resultado es una elaborada crítica, demolidora en algunos casos, de las bases sobre las que se asienta la «ciencia cognitiva» hoy, y un interesantísimo análisis de la contribución de Descartes a las ciencias. Este análisis invierte los términos en que tradicionalmente está valorada «la primera revolución cognitiva», aspecto sobre el que no existe, que yo sepa, ningún otro trabajo escrito parecido.

El libro tiene como núcleo una conferencia que dio Chomsky en 1993 en la Frick Collection, con ocasión de la Tercera Conferencia Transdisciplinar Anshen de Arte, Ciencia y Filosofía de la Cultura, e incluye comentarios de un filósofo (Akeel Bilgrami, de la Universidad de Columbia), de un neurobiólogo (James Schwartz, también de Columbia) y del filósofo George A. Miller, de Princeton. Lo cierra una conclusión en la que quedan tratados de modo conjunto los interrogantes planteados por

* *Language and thought*, Rhode Island & Londres, Wakefield, 1993, 96 pp.

La Balsa de la Medusa, 36, 1995.

los comentaristas. El origen del libro determina que no tenga éste un formato estructurado, lo cual requiere la participación del lector para dar unidad a las tesis básicas. Los temas que se debaten son centrales en la filosofía del lenguaje y vienen siendo el caballo de batalla de Chomsky durante mucho tiempo. La cualidad más destacable de la presentación es, con mucho, la riqueza de su contenido.

El eje argumental del razonamiento del libro es el de que es preciso someter los temas del lenguaje y del pensamiento al mismo tratamiento al que se somete cualquier otro tema científico. De este modo, temas diversos, tradicionalmente del campo de la filosofía del lenguaje, quedan ubicados en el marco de las ciencias naturales. De hecho, los puntos de vista de índole no «naturalista» son los que se presentan como necesitados de justificación. Una vez sentadas estas bases, ciertas cuestiones filosóficas de envergadura, tales como la distancia que media entre un acto mental y el cerebro, son comparadas con otros ejemplos específicos de la historia de la ciencia, cuyo sentido queda hoy fuera de toda discusión. Tal es el caso de los resultados de Newton. El que no se pueda explicar el movimiento terrestre en términos de la filosofía mecánica no invalida los resultados de Newton. De la misma manera, el salto que va de las moléculas a los actos mentales, cabría decir, extrapolando, que tampoco invalida «los resultados de Chomsky». Acertadamente. Chomsky agrupa en la misma categoría de interrogantes prácticamente todo lo demás que juzgamos biológico; desde el que los niños desarrollen

una visión binocular a los cuatro meses hasta el momento exacto en que se produce la pubertad. Aunque el estudio de los órganos físicos complejos distintos del cerebro caiga bajo la biología celular, no existe obviamente «una teoría de los órganos» que dé cuenta conjuntamente del sistema circulatorio, la corteza visual, el riñón y otros. En lo cognitivo, dice, lo más probable es que vaya a ocurrir lo mismo. De ser así, el estudio del lenguaje no tendría por qué servir de modelo para el estudio de otras partes de la mente. Vale la pena mencionar que, de pasada, se nos dice que existen maneras de abordar el conocimiento del mundo mucho más eficaces que el estudio del cerebro. De hecho, Chomsky considera que la literatura y la historia son sobradamente más informativas respecto a cómo se piensa, actúa, etc., que la psicología «naturalista».

La primera parte del ensayo contiene una crítica detallada de por qué la concepción de lenguaje propuesta por Frege como ideal para las matemáticas y la ciencia en general no es válida para el lenguaje humano. Como es sabido, el modelo de Frege consiste en suponer que existe un «tesoro» de pensamientos común a todos, que se transmite de generación en generación, por medio de una lengua también común. La base de la lengua común son, en primer lugar, los signos, los cuales designan objetos en el mundo (la referencia) y, en segundo lugar, las imágenes mentales que el individuo fija a partir de los signos (el sentido). Esta manera de concebir el lenguaje, muy influyente y de amplia difusión entre los filóso-

fos, parece ser la común en el campo de lo cognitivo.

Al supuesto de que exista «un almacén» de pensamientos común se contraponen datos lingüísticos muy simples, tales como el que, cuando se dice que fulano y zutano tienen ideas parecidas, lo que se dice es que piensan parecido, no que haya un almacén de ideas que ambos comparten. Por lo demás, el grado de infraespecificación que caracteriza los enunciados de las lenguas naturales hace inviable la idea de que exista ahí fuera una lengua compartida. Lo más que se puede decir es que hay gente que habla parecido. Chomsky recurre a la analogía entre el parecido físico y el que se da entre los hablantes de una lengua. Los compara diciendo que el parecido físico entre varias personas no lleva a suponer que exista un almacén de formas comunes de las que dispone la gente. Este mismo razonamiento se aplica a la lengua. En definitiva, la característica común a ambos está en lo que el humano es «por dentro». En este mismo marco pone Chomsky la noción de referencia, que implica, igualmente, al sujeto, no al mundo exterior. La cuestión se reduce esencialmente a lo siguiente: una cosa es que la gente use palabras para referirse a cosas, y otra muy distinta es que las *palabras*, en sí, sean las que refieran.

Tampoco considera Chomsky que la noción de «lengua perfecta» aporte nada al pensamiento ni al lenguaje. Dado que las propiedades formales y semánticas de los sistemas simbólicos no son equiparables a las de las lenguas humanas, no tiene sentido plantearse si los sistemas simbólicos son o no lenguas, igual que no

cabe plantearse como problema si una cámara fotográfica ve de verdad, o si un avión de veras vuela.

Las referencias a los antecedentes de la ciencia cognitiva y la inteligencia artificial, a las analogías y las diferencias entre la ciencia de antes y la de ahora se suceden en el libro. De la inteligencia artificial, Chomsky lamenta que la experimentación que se hace con las máquinas haya dejado de tener por objetivo por aprender algo sobre el organismo al que se imita, mostrando a la par que la cuestión de si una máquina es capaz de pensar fue ya descartada por el propio Alan Turing como absurda y carente de interés. Dentro de esta perspectiva, los trabajos actuales en el campo cognitivo suponen, en opinión de Chomsky, un retroceso respecto de lo que se hacía siglos atrás. Pone como ejemplo al francés Jacques de Vaucanson, que construyó un pato mecánico a fin de estudiar cómo digieren los patos. Destaca que Vaucanson no intentaba con su modelo que éste pasara ante la gente por un pato de verdad. En definitiva, encuentra que el marco de discusión clásico de estos temas era conceptualmente superior al de hoy.

La problemática de la teoría cartesiana de la mente y el cuerpo, y las lecciones que encierra, están sometidas a un riguroso examen en lo que cabría considerar como segunda parte del libro. La principal tesis de Chomsky aquí es que, contrariamente a lo que se suele asumir respecto a la dicotomía mente/cuerpo, lo que ha quedado de la aportación cartesiana prácticamente intacto es su noción de mente, no la de cuerpo-materia. Chomsky defiende que la teoría carte-

siana del mundo material, cuyo supuesto básico era la física de contacto, se vino abajo con Newton, quien demostró apenas un siglo después que la teoría cartesiana de la materia no podía dar cuenta ni siquiera de las propiedades más elementales del movimiento. Una vez expuesta su tesis, Chomsky pasa a caracterizar los intentos de liberar «al fantasma que habita en la máquina» hechos por filósofos y otros estudiosos de estos temas como carentes de fundamento, por considerar que la noción de máquina quedó invalidada con Newton. Si no hay «máquina», no se puede liberar «fantasma» alguno en ella: «Newton exorcizó la máquina», se nos dice. Se insiste, de pasada, en que no es criterio definitorio alguno el que los resultados de la investigación científica se avengan o no al sentido común. Hay que tener en cuenta que, en la concepción modular chomskiana, la mente tiene distintos subcomponentes, los cuales, con toda probabilidad, funcionan de modo bastante distinto unos de otros. El razonamiento científico, en particular, parece tener poco que ver con las destrezas que se utilizan en los demás quehaceres de la vida.

En lo que respecta a la facultad del lenguaje, se ve a ésta en términos cartesianos, a saber, en tanto que atributo común y exclusivo de la especie humana. Hay un «estado inicial», determinado genéticamente, y uno «fijo», al que se llega con ayuda del ámbito lingüístico del entorno, una vez pasados una serie de estados intermedios. Hoy se sabe que las diferencias entre las lenguas son mínimas, sobre todo si se las compara con lo que comparten. Chomsky distin-

que en cada uno de los estados dos componentes: el cognitivo y el performativo. El sistema cognitivo, que alberga la información a la que accede el performativo, es el mecanismo que determina la clase de expresiones lingüísticas posibles, cualesquiera que sean los signos con que éstas se expresen: habla, escritura u otros. Chomsky especula que el componente cognitivo podría ser invariable, lo que implicaría que, estrictamente hablando, existiría una sola lengua. La variación lingüística procede de opciones restringidas dentro de determinados subcomponentes del léxico. De hecho, a la lingüística actual le cabe plantearse como meta no ilusoria el deducir de estos supuestos, literalmente, todas y cada una de las lenguas humanas, ya sea el húngaro o el español. La complejidad computacional a la que conduce este panorama es extrema, lo cual lleva a pensar que la adaptabilidad de las lenguas al uso sea muy limitada. Esta sospecha se ve corroborada por el hecho de que los sistemas performativos con frecuencia son incapaces de manejar expresiones que son sencillas y breves. No sólo esto. Hay expresiones lingüísticas que se desvían de lo generado por el sistema cognitivo, pero que, sin embargo, son perfectamente comprensibles. Chomsky concluye, evocando a Huarte de San Juan, con una reflexión sobre los límites de la mente humana. Los temas aquí tratados caen bajo lo que Huarte consideraba como formas inferiores de inteligencia humana. Y aun así, salvo por los mecanismos que las conforman, quedan fuera del alcance de nuestro entendimiento teórico. Claro que

Chomsky considera que esto no es poco.

En las páginas que siguen al texto principal, los tres comentaristas que participan se limitan a destacar algunos de los puntos ya tratados y a plantear interrogantes sobre los mismos. Llama la atención el tono de perplejidad e interés de sus comentarios, un poco parecido al que le queda al lector al terminar el libro. Dado el carácter polémico que tienen las tesis chomskianas que aquí se discuten, resultan particularmente atinadas un par de observaciones de tipo sociológico que hace Akeel Bilgrami. Lo que a menudo suele oír de Chomsky el que no es especialista es que éste somete al lenguaje y al pensamiento a un tratamiento demasiado científico, recuerda Bilgrami; en otras palabras, que Chomsky no atiende el hecho de que la lengua es un instrumento cultural de enorme poder, un arte lleno de misterio. Bilgrami sale al paso de este comentario alegando que sin la claridad que tiene precisamente Chomsky para discernir entre aquellos aspectos del lenguaje que son susceptibles de investigación científica y los que no lo son, ni la lingüística ni la psicología habrían avanzado con él como lo han hecho. No cae dentro de la investigación lingüística el poder social del lenguaje, por más que ello sea revelador de cómo funcionan los seres humanos, o algunos de sus grupos. Atinadamente, Bilgrami aventura que si Chomsky utilizara el estilo retórico de, pongamos por caso, Foucault, sus teorías estarían mucho más reconocidas (podríamos decir) «en los círculos de la cultura». Claro que, entonces, Chomsky no sería Chomsky.